

Naturaleza: signo de identidad entre poaseños

MAYNOR MORA

Antes de ingresar al Parque Nacional Volcán Poás uno sabe que *está ahí*. Grandes letreros, letreros pequeños, negocios de todo tipo (grandes y chicos) anuncian la proximidad de la *naturaleza*. Al entrar al Parque, todo resulta ordenado y en su sitio: la forma de pago, el método de parqueo de los vehículos (a cargo de la Cruz Roja del cantón de Poás), la disposición de los senderos y, por ende, la mejor forma de disfrutar de la observación y degustación de las bellezas escénicas.

Si uno visita el Parque en época lluviosa y, por motivo de la baja y densa nubosidad, no puede observar directamente el cráter principal, se tiene acceso a fotos panorámicas del mismo, a videos, y otros simulacros que, en lugares estratégicos, muestran al público cómo es el Volcán en su máximo esplendor. Se puede decir, inclusive, que la realidad se queda corta ante el poder de la imagen. Pero, lo mejor es visitar el coloso durante la época seca, a primera hora, cuando el sol invade al cráter más grande del planeta, y se proyecta contra el verde-celeste impoluto de sus aguas sulfurosas y ácidas.

Pese a que la entrada principal al Volcán está asfaltada, la primera impresión que el turista tiene es que la naturaleza se salta rebelde este impedimento, invadiendo la vía. Lo cual requiere de la "tala" permanente de los tallos más agresivos, principalmente de las gigantes hojas de la "sombriilla de pobre", una de las especies más representativas del bosque nuboso en general y del Poás en específico.

La impresión inmediata al arribo incluye, pues, la evidencia del poder natural, que no se detiene ante barreras humanas, su prodigalidad y exuberancia, su ancestral impulso hacia el dominio renovado de la vida. Hecho también manifiesto en la caída permanente y la erupción espontánea, desde paredes, árboles, suelo, de grandes cantidades de agua que, lejos de fastidiarnos como en las historias del realismo mágico con la necesidad del trópico húmedo y asfixiante, nos envuelve en una especie de fluir vital, de exhalación palpitante, que arroba al visitante, y le induce, sin duda, a plantearse la certeza de la hipótesis *Gaia*, el planeta vivo.

El camino a la Laguna Botos, uno de los principales

senderos del Parque, está elegantemente encasotado, por lo que ya no se tiene que luchar con el barro y sufrir posibles caídas al tropezar con los troncos que hace años fungían como parte del sendero. (Ahora estos troncos están amontonados a los lados, sometidos al poder implacable de los elementos.) Digamos que esto es parte de una estrategia de la prisa: en mis primeras visitas al Parque, el camino a Botos era pesado, largo. De pronto, uno se sentía como turista belga o austriaco, demasiado "cerca de la acción" (sin haber pagado los doscientos o trescientos dólares respectivos de un "lodge", incluyendo el derecho a embarrarse soberanamente).

Hoy el visitante se siente, más bien, como si transitará por los pasillos del Louvre, con el suelo seguro bajo los pies, con posibilidad de mirar más fácilmente la ardilla que, sin ningún temor, busca comida indiferente ante los observadores humanos, el dosel asombroso que se forma sobre el sendero, al enmarañarse el bosque nuboso, y la caída mágica de la lluvia desde los líquenes y las epifitas. Gozando así del derecho a sentir que se está en algún bosque exótico, quizás neocelandés, casi propio de los paisajes boscosos en *El Señor de los Anillos*. La presencia de los elfos es casi real. Pero todo es también más rápido, más ordenado, más seguro, más mediático.

El sendero encasotado hacia Botos tampoco viola del todo la integridad natural. Su color y textura evidencian el uso de materiales volcánicos. A los lados, se puede tener, además, alguna experiencia sobre geología elemental, al ser testigos de cómo las paredes del suelo registran la historia volcánica: capas internas de cenizas y, sobre éstas, materiales más consistentes como arena volcánica y piedra. La diversidad y poco espesor de los estratos certifican la fuerte y recurrente actividad del Volcán, su perpetuo movimiento, y la promesa de futuras y poderosas erupciones.

En el camino a Botos, uno se encuentra con turistas de todo el mundo. El encasotado se convierte en una carretera, la diferencia es que el final de la misma no es solo el punto de llegada (también maravilloso), sino ante todo, el tránsito. La gente se entrecruza, en un perpetuo fluir de las nacionalidades, los gritos de asombro en los más variados idiomas, los tonos de la piel, la diversidad de la ropa. La gente camina por el sendero en grupos: amigos, grupos escolares, colegiales o universi-

tarios, familias. No faltan las parejas románticas que, en medio de la belleza paradisíaca del bosque nublado, ven renovados sus votos de amor. Hay quienes llegan individualmente, otras personas acceden en exclusión: La forma social del disfrute natural es diversa.

Los turistas no llegan hasta el Poás por la libre, sino con un derrotero prefijado, que les ordena su visita. Y no se trata, simplemente, de la diferencia entre una visita guiada y una sin "guía", sino de la existencia de un plan. Para algunos, mojarse con la permanente precipitación es un raro privilegio, pero parte expresa de un proyecto de encuentro con lo natural. En otros casos, más bien, la necesidad se concentra en registrar visualmente la experiencia: cámaras fotográficas digitales, cámaras de video, celulares capaces de reproducir imágenes. Es clara la necesidad de llevarse virtualmente el bosque para después recrear lo vivido o mostrarlo a otras personas, familiares, vecinos, conocidos o compañeros de trabajo. Es decir, la experiencia no se agota en el momento real de la visita, sino que puede extenderse a otros momentos fuera del tiempo real. Esto es lo que permite la tecnología: la reconstrucción visual y mediática de la naturaleza, la continuidad entre experiencia, imagen y memoria.

En todos los senderos del Poás, la biología está registrada con gran precisión. Las más representativas especies nativas, vegetales y animales, cuentan con su nombre ("vulgar" y científico) estampado en madera curada, inmune a la humedad, lo que indica que entomólogos, zoólogos, botánicos, ornitólogos, etcétera, cumplen bien con su trabajo, siendo éste popularizado en parte y permitiendo revelar los secretos naturales al público: la biología resulta en el Poás una experiencia controlada y asequible al neófito.

Hace quince años mi profesor de biología nos aseguraba a las y los estudiantes boquiabiertos, de

una de tantas excursiones colegiales, que la rana o sapo de Holdridge, especie endémica del Poás, estaba en peligro de desaparición. En mi última visita, no tuve información sobre esta especie (si desapareció o no) pero pude conocer detalles generales de otras especies y amarrar algunos conocimientos profanos sobre la ecología del lugar: la diversidad me impidió pensar en una especie en concreto ni en sus derroteros evolutivos.

Simultáneamente, las indicaciones generales del Parque nos previenen que la naturaleza tampoco es un poder domado o sujeto a la voluntad. El Volcán es una figura también del miedo, un poder oculto en las entrañas de la tierra (al auspicio de Vulcano y otras deidades terrestres), que podría explotar en cualquier momento. Sin embargo, la vulcanología no deja de ser una ciencia exacta que, por suerte, puede predecir el desastre, y evitar a turistas y pobladores una experiencia catastrófica.

Los lectores de gases (principalmente del radón), sismógrafos, y otros equipos permiten el monitoreo permanente de la actividad volcánica. Por lo que, de encontrarse algún signo de posible erupción, habría sin duda tiempo para evacuar o, simplemente, cerrar la entrada al público. Esta situación ya ha sucedido antes, siendo controlada eficazmente por los protocolos de seguridad. En todo caso, el Volcán Poás sigue siendo uno de los pocos volcanes activos del planeta a los que, literalmente, se puede acceder por carretera en bus, tocar con solo extender la mano y "respirar" directamente.

Al descender de Botos, a uno le espera el "centro industrial" de descanso, otro "coloso", pero esta vez de hormigón y cemento. Ahí se puede comprar *souvenirs*, disfrutar de un capuchino o un expreso, departir y reconstruir emocional y menos ajetreadamente la experiencia, antes de regresar por fin (y quizás a disgusto) a la atestada ciudad o al país de origen.

En el camino de regreso también se puede disfrutar de atenciones y sitios secundarios de observación que los habitantes del Cantón de Poás han creado para los visitantes: hoteles, restaurantes, tiendas de artesanías, bares, museos, bosques privados, ganaderías "ecológicas" y, en definitiva, una comunidad y unos ecosistemas rurales ordenados por la estructura y el lenguaje mismo de la naturaleza. La naturaleza ha devenido signo. Su lenguaje, por extraño que parezca, es el que dicta ahora el orden de lo social.

Los pueblos y habitantes en las cercanías del Parque Nacional Volcán Poás han interiorizado a su manera el discurso de la naturaleza. Para ellos el Volcán deja de ser, como en otros tiempos, un fenómeno cotidianamente transparente y, por ende, deja de ser algo prescindible. Hoy es parte necesaria de sus vidas y de sus modos de supervivencia.

Para las comunidades del cantón Poás, el discurso ambiental no es tampoco un simple discurso teórico, sino una opción de vida, que lleva a una forma específica y práctica de "gestión local de la naturaleza". La frontera agrícola se ha detenido, retrocediendo, además, con fuerza asombrosa. Es ahora el bosque el que regresa a su ancestral morada, ante el beneplácito de los pobladores. El bosque se exhibe verde, magnífico, abrazando beatíficamente a quienes otrora le derribaban: la naturaleza no resulta, pues, estrictamente vengativa, como prometieron algunas visiones y movimientos apocalípticos de la ecología. La naturaleza, al contrario, se ha empotrado en la comunidad como valor económico y como signo de identidad.

¿Qué ocurrió en Costa Rica entre los años setenta (década en que se creó el Parque Nacional Volcán Poás) y la actualidad para que se haya dado este proceso de penetración social profunda y real del discurso conservacionista? Va-

le decir: ¿bajo el concurso de qué variables el discurso de la naturaleza pasa desde una postura indiferente a la protección, conservación y uso ecológicamente racional de los recursos ambientales a una postura fenoménicamente contraria, principalmente conservacionista?

No es mi interés hacer una historia del conservacionismo costarricense (el ala quizás más fuerte del discurso ambiental nacional), sino solo esbozar algunas hipótesis que permitan orientar futuras reflexiones e investigaciones empíricas sistemáticas:

1. En los últimos treinta años en el país se dan cambios sustantivos en la relación sociedad-naturaleza: Por un lado, la economía expansionista agropecuaria entra en franca crisis chocando frontalmente tanto con la disponibilidad de recursos naturales (lo cual auguraba, en todo caso, un techo insalvable de los sistemas locales de producción) como con la caída de la demanda global e interna de mercancías agrícolas y pecuarias, especialmente del café, la carne vacuna, el banano y los granos básicos.

2. El colapso de los sistemas agropecuarios de producción, aunado al posicionamiento internacional competitivamente ventajoso del país respecto del turismo (ligado a variables históricas nacionales: expansión del sistema educativo, consolidación internacional de una imagen políticamente estable del régimen democrático, variabilidad cuantitativa y cualitativa de sus ecosistemas rurales y recursos paisajísticos, crecimiento paulatino de los sistemas internos de comunicación y transporte), genera un cambio en la condición real y simbólica de los recursos naturales, ahora mutados en recursos económicamente rentables desde el punto de

vista de su integridad ecológica. Es decir, el vector económico deviene, coyunturalmente, identidad con los objetos puros de la naturaleza.

3. El cambio en la relación material entre la producción de riqueza y los objetos de la naturaleza supone, simultáneamente, un cambio en la percepción simbólica de esta última en el plano de las comunidades rurales, las cuales se ven en alguna medida beneficiadas por el turismo. La naturaleza se convierte en una estructura de identidad que permite articular nuevos discursos del "desarrollo" o, cuando peor, de la "supervivencia", que antes carecían de apoyo cultural efectivo pero que, en su forma teórica, estaban ahí (digo nada más: todas las formas de la "rebeldía ambiental", discursos de la conservación, la sustentabilidad, la sostenibilidad y, finalmente, el etéreo "desarrollo sostenible").

4. La lenta penetración de los discursos de la naturaleza en todo el periodo (desde la disidencia *ambientalista* civil hasta una clara política estatal) dio soporte a la articulación de distintas y complejas formas de protesta social ante el modelo agroexportador (y luego el industrialista) así como potenció lentos pero sistemáticos procesos de creación de conocimiento desde las ciencias naturales (y tardíamente las ciencias sociales) que han fundamentado desde un punto de vista teórico, pero principalmente político e ideológico, la conservación, desde el plano de las instituciones del estado (universidades, ministerios del Ambiente y de Agricultura), y desde la llamada sociedad civil; constituyendo, finalmente, tejido social alrededor de lo que podemos denominar *estilo conservacionista de uso y gestión social de la naturaleza*.



EISENSCHINK